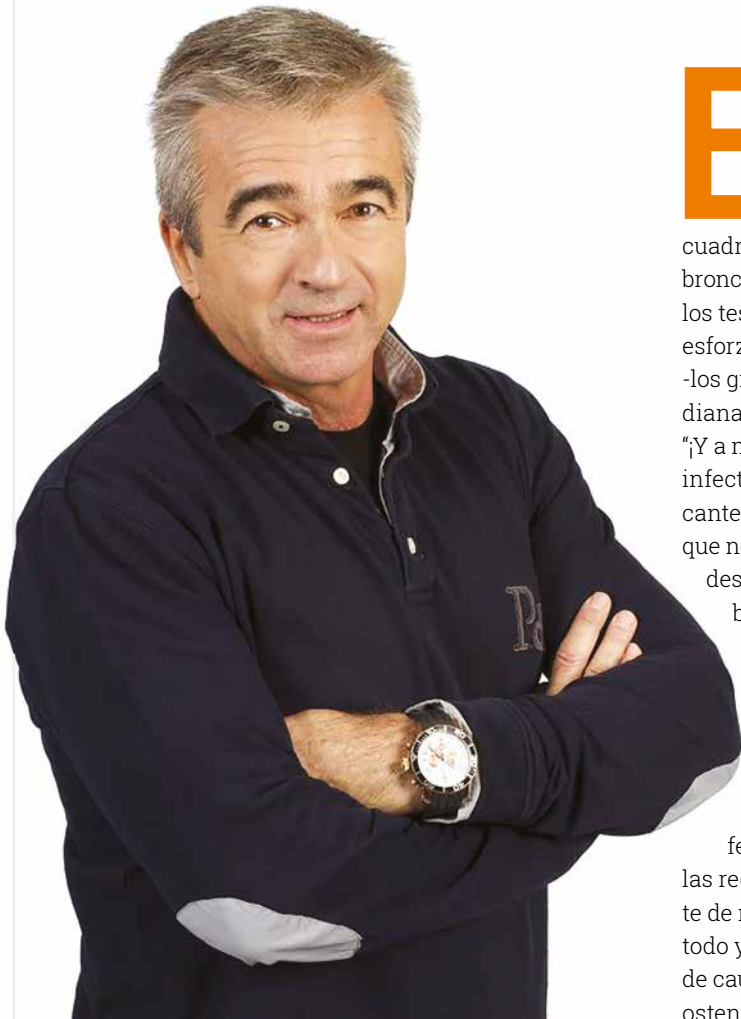


CUESTIÓN DE CONFIANZA



Rigor frente a superchería. Y también que la temeridad de debilitar la sanidad pública es algo que nunca más debería repetirse

En un canal de la tele de cuyo nombre no quiero acordarme, asistí hace poco al ejemplo palmario de una de las prácticas que -creo sinceramente- los periodistas deberíamos revisar. Andaba la presentadora con su cuadrilla de tertulianos pasando lista a las habituales broncas políticas, cuando de pronto les soltó: "Y eso de los test de antígenos, ¿cómo lo veis?". Interrumpí los esforzados ejercicios que hacía en la alfombra de casa -los gimnasios aparecen y desaparecen, como el *Guardiana*- y me salió del alma responderle a la pantalla: "¡Y a mí qué carajo me importa!". No había virólogos, ni infectólogos, ni epidemiólogos en la mesa; sólo practicantes del "yocreísmo", uno de los virus más dañinos que nos afecta desde hace años. Este no mata, pero destruye algo básico en nuestro oficio, que es la credibilidad. Porque ver -o escuchar- a la misma persona disertando sobre el último caso de corrupción política, el futuro de las pensiones, la atmósfera de Venus, la supervivencia de las ballenas o la vida oculta de Maradona puede ser muy entretenido, pero en términos de confianza resulta demoledor. En cualquier caso, es posible que el fenómeno pase hoy más desapercibido porque en las redes sociales esto ya se ha convertido en un deporte de masas: todo el mundo hablando -o discutiendo- de todo y a todas horas. Pero muy pocos con conocimiento de causa. Hubo un tiempo, cuando el periodismo aún ostentaba la respetabilidad -y la influencia- que otorgaba ser enlace casi único entre el mundo y el ciudadano a través de contar historias y aportar datos en que ya se empezaron a torcer las cosas. La mezcla desordenada de información y opinión -casi siempre interesada- alumbraron una nueva especie: los "todólogos". Y eso, por desgracia, ha acabado repercutiendo también -para mal- en la difusión y



La mezcla desordenada de información y opinión -casi siempre interesada- alumbraron una nueva especie: los “todólogos”

entendimiento de la ciencia. La crisis de confianza es descomunal. ¿A quién creemos? ¿A qué nos agarramos? ¿De qué nos podemos fiar? ¿Me vacuno ahora o espero un poco? Si a todo ello le unimos la velocidad vertiginosa a la que puede propagarse todo, nos encontramos en la tormenta perfecta. Es curioso, porque si algo nos ha enseñado -o nos ha recordado- esta maldita pandemia es, precisamente, que sólo confiando en la ciencia saldremos de apuros semejantes. Rigor frente a superchería. Y también que la temeridad de debilitar la sanidad pública es algo que nunca más debería repetirse. Sé que

la memoria es frágil, y que ahora estamos hartos, furiosos y asustados, pero confío -sí, confío- en que el montón de historias que hemos podido contar estos meses de personas (enfermeras, médicos, investigadores...) comprometidas con la salud comunitaria, dejen el poso suficiente. Ellos y ellas se lo merecen. Y nosotros nos la jugamos. ▴

Carles Francino

DIRECTOR DEL PROGRAMA “LA VENTANA” DE LA CADENA SER

